



Emmanuel Carrère, *Limónov*, Barcelona, Anagrama (Panorama de Narrativas, 825), 2013, 400 pp.

## Una biografía con recuento histórico

Desde el surgimiento del Estado moderno, enfrentar la disidencia ha sido una constante de los gobiernos. Las libertades individuales enarboladas por la Revolución francesa matizaron paulatinamente los procedimientos utilizados durante varios años para sofocar las voces contrarias al *establishment* predominante. No obstante, durante el siglo XX surgieron regímenes totalitarios cuyos métodos para identificar, aprisionar y ejecutar a personajes discordantes con los planteamientos políticos en boga no habían tenido precedente; infaustamente, durante la segunda mitad de esa centuria, tales procedimientos fueron aplicados en América Latina, Asia y África.

En los tiempos de la Unión Soviética los referentes inmediatos de esta situación fueron las persecuciones políticas durante el gobierno de Stalin y los gulags en los que fueron reclusos los disidentes. Después de la disolución definitiva de la Unión Soviética en 1991, en Rusia se ha observado una marcada concentración de poder político y económico que ha motivado la reducción de los espacios de acción de la disconformidad. Por ello, durante los últimos años la ejecución de periodistas y opositores radicales, y el encarcelamiento o el exilio de personajes con gran influencia política ocupan cada vez más espacios en los medios internacionales.

En estas circunstancias cobra relevancia un libro muy comentado por críticos y lectores en diversos países: *Limónov*, de Emmanuel Carrère, escritor, reportero y cineasta francés galardonado en 2011 con el Prix de Prix y quien en los últimos años se ha enfocado en narrar la vida de personajes atormentados por contradicciones internas en su modo de percibir el mundo.

En *Limónov* se hace un recorrido por la vida de Eduard Savienko desde su adolescencia hasta su participación como candidato a diputado por el Partido Nacional Bolchevique (PNB) y su encarcelamiento en el año 2009. A lo largo de estos setenta años de la vida de este personaje contestatario, la historia de la Unión Soviética, y más específicamente la de Rusia, se permea en la de personajes y hechos que definieron el sino político de esa república.

A mediados de la década de 1980, Emmanuel Carrère escuchó hablar por primera vez acerca de Eduard Savienko en París, su lugar de residencia, gracias a su madre, Hélène Carrère d'Encausse, experta en historia de la Unión Soviética, quien tenía entre sus libros *El poeta ruso prefiere a los negrazos*, de Savienko, el cual ella consideraba “aburrido y pornográfico”. Entusiasmado por la energía que proyectaba la obra de Savienko, más que por su riqueza literaria, Carrère lo invitó al programa de radio que entonces dirigía con motivo de la publicación de su libro *Diario de un fracasado*. Así se volvieron amigos y Carrère involucró a Savienko con los protagonistas de la vida parisina intelectual de la época. Después de que Savienko dejó París, ambos se encontraron en varias ocasiones en Moscú; una de ellas, en 2009, mientras Carrère hacía un documental acerca del crimen de la periodista Anna Politkóvskaya, lo identificó en una manifestación al lado del ajedrecista Gari Kaspárov y decidió escribir su obra.

*Limónov* trata de una biografía en la que convergen aventura e historia; es un recorrido fugaz por la vida de un ser que desde su adolescencia decidió defender las causas de las minorías, sin importar la ideología que proclamaran, por lo cual fue condenado en varias ocasiones a prisión y al exilio. Esta obra trata también sobre un escritor prolífico, si bien no cuidadoso de su calidad literaria, que obtuvo el reconocimiento que siempre buscó, aunque éste no provino de las audiencias que él esperaba. No

obstante, sobre todas las cosas, el libro de Carrère contiene las situaciones históricas que forjaron la Rusia contemporánea, al igual que el itinerario de muchos intelectuales rusos en el extranjero y los referentes que heredaron a las generaciones futuras.

El entramado narrativo de Carrère inicia con la niñez y la adolescencia de Eduard Savienko (nacido el 2 de febrero de 1943) en Jarkov y Saltov, Ucrania. Su padre se encargaba de llevar a los opositores de Stalin a los gulags de Siberia y, en algunos casos, incluso de eliminarlos. En esas ciudades Savienko se volvió pendenciero y definió lo que quería llegar a ser: un poeta, para lo cual leyó con fervor a autores como Julio Verne, Alexandre Dumas, Roland London, y Knut Hamsun, entre muchos otros. Como las penurias económicas fueron algo común en su vida, no es raro que para convertirse en escritor desempeñara diversos empleos, entre ellos el de fundidor y, posteriormente, el de sastre, oficio que descubrió por casualidad y le proporcionó un modo de vida más honroso. Su verdadero acercamiento a las letras lo logró al trabajar en una librería en Moscú, donde además de conocer a los artistas de la época, descubrió el universo literario ruso prohibido: Mijaíl Bulgakov, Osip Mandelstam, Anna Ajmátova, Marina Tsvietáieva, Boris Pilniak y Andréi Platónov, entre una larga lista.

En esa misma época, Eduard comenzó una práctica de toda su vida: ganarse la simpatía de quien consideraba útil para escalar socialmente o para concretar sus ambiciones, fueran económicas o políticas. Enamoró a la dueña de la librería, Anna Moiséievna, quien sería su esposa y mecenas durante varios años. Durante este periodo también escribió su primer poemario y eligió un nuevo nombre para sí, uno “que suene mejor que su triste patronímico de labriego ucraniano”; surgió así Ed Limónov, nombre escogido como homenaje a su humor ácido y belicoso.

Durante los años de Nikita Jrushchov como dirigente de la Unión Soviética (1953-1964), quien deploró el culto a la personalidad que estimuló Stalin y reconoció que su país había sido gobernado de manera implacable durante varias décadas, Limónov atestiguó la reivindicación de uno de los autores rusos más conocidos en el exterior, Alexander Solzhenitsyn, de quien se publicó primero *Un día en la vida de Iván Denísovich* y, posteriormente, *Archipiélago Gulag*, libros que alcanzaron gran resonancia

nacional e internacional. A partir de entonces, Eduard comenzó a mostrar una hostilidad sarcástica hacia la disidencia de la época, y metió en un mismo saco a Solzhenitsyn, Leonid Brézhnev, Joseph Brodsky y Alekséi Kosygin.

En Moscú, Limónov se vinculó con la vida intelectual moscovita por medio de Arseni Tarkovski, padre del cineasta mundialmente conocido, quien a su vez lo presentó con artistas radicales de la talla de Venichka Yerofeiev, famoso por su libro *Moscú-Petrushki*, ampliamente difundido en Occidente. En agosto de 1968, Limónov vivió de cerca la protesta de un grupo de disidentes en la Plaza Roja contra la invasión soviética a Checoslovaquia, y dio seguimiento al juicio llevado a cabo a los detenidos, que culminó con el encarcelamiento de todos ellos durante varios años.

Su salida de Moscú coincidió con dos hechos trascendentales: el breve gobierno de Yuri Andrópov, quien intentaba poner en práctica reformas políticas y económicas, pero su minada salud se lo impidió, y el éxito en Occidente de *Archipiélago Gulag*, motivo del exilio de Solzhenitsyn en Alemania. Debido a su vida bohemia y a sus múltiples declaraciones contrarias a la tendencia del momento, Limónov fue catalogado como un “elemento antisocial, antisoviético convencido”, y con esa catalogación impuesta por la agencia de inteligencia soviética (KGB) viajó a Estados Unidos.

Eduard vivió en Norteamérica el desenfreno absoluto. Aprovechó cualquier oportunidad para relacionarse con personas que le facilitaran sobrevivir en un país extraño. En su conterráneo Joseph Brodsky, quien también vivía en Nueva York desde hacía varios años, halló a un escritor reconocido por la intelectualidad estadounidense del momento, por lo cual lo envidiaba y sentía el anhelo de emularlo. Como poéticamente no era reconocido, para llamar la atención, Eduard entró en polémica con personalidades como el premio nobel Andrei Sajarov, a quien acusó de estar aliado con la *nomenklatura* soviética. Asimismo, buscando convertirse en el centro de atención, acometió contra Vladimir Nabokov, Boris Pasternak y Mstislav Rostropovich, a quienes acusó de haber adoptado parámetros de creación contrarios a su origen.

Durante su estancia en Nueva York sufrió una crisis existencial que lo llevó a vivir en albergues y hoteles, a explorar el homosexualismo y a

sobrevivir gracias a los programas de beneficencia social; allí conoció a miembros de células comunistas y de sindicatos, y participó como activista, repartiendo folletos y publicaciones. Todo ello hasta que fue rescatado por un aristócrata a quien sirvió como mayordomo y quien lo ayudó a vincularse con un editor que después publicaría algunos de sus libros en París, ciudad que se convirtió en su lugar de residencia por cerca de una década.

La estadía de Limónov en la capital francesa coincidió con el ocaso del socialismo en su país. A partir de la muerte de Konstantín Chernenko y la sucesión de éste por Mijaíl Gorbachov, Limónov desarrolló su vida literaria más prolífica, gracias a horarios drásticos de escritura y a su ingente necesidad de plasmar sus vivencias neoyorkinas, tanto personales como las de los personajes que conoció. Mientras tanto, en los albores de la desintegración de la Unión Soviética, comenzaron a circular todo tipo de obras literarias, surgieron las primeras agrupaciones de disidentes que denunciaban años previos de represión y, motivada por la transparencia (*Glasnot*), comenzó a develarse una nueva historia nacional.

A su regreso a Moscú en 1989, el encuentro de Limónov con Yulian Semiónov fue determinante, pues era éste un empresario de gran influencia en los medios sensacionalistas y le publicó una de sus obras, *La gran época*, con un sorprendente tiraje de 300 000 ejemplares. Fue esto una muestra del dominio de los grupos o mafias prevalecientes en Rusia, lo mismo en la política, que en la economía. Al visitar su lugar de nacimiento confirmó que mientras él luchaba por sobrevivir en Occidente, sus camaradas se quedaron a “sufrir su confort incómodo, protegidos por la capa de plomo de la amarga conciencia de su mediocridad”.

El verdadero activismo político de Limónov arrancó en 1991 en Belgrado, cuando, en la presentación de uno de sus libros, le preguntaron qué sabía de la república de Eslavonia, enclave serbio en Croacia. Como respondió que nada, lo invitaron a visitar Vukovar, recientemente liberada, por no decir destruida, por las tropas serbias. Bajo la consideración de que él nunca había estado en una guerra, aceptó y se convirtió de un día para otro en parte de una de las milicias serbias que combatieron en la antigua Yugoslavia. Allí conoció a Zeljko Raznatovic, conocido como Arkan, criminal

de guerra a quien consideró “una persona fina y circunspecta”. Posteriormente, gracias a la amistad con el cineasta polaco Pawel Pawlikoski, hizo una entrevista con Radovan Karadzic, líder de los serbios bosnios, quien fue acusado de cometer crímenes de guerra contra los musulmanes bosnios y los bosnios croatas en Sarajevo, además de ordenar la masacre de Srebrenica en 1995.

Después de vivir los avatares de la guerra en el territorio que fue Yugoslavia, su regreso a Moscú coincidió con el ascenso de Boris Yeltsin al poder y la instrumentación de las medidas sugeridas por su asesor económico, Yegor Gaidar, quien profesaba una fe absoluta en el liberalismo, todo lo cual motivó un colapso en el país. Comenzaba el dominio de la economía por parte de personajes como Boris Berezovski, Vladimir Guginski, Mijaíl Jodorkovski, entre muchos otros. En esta realidad el desfile de protestas era pletórico: jubilados reducidos a la mendicidad, militares que ya no podían cobrar sus salarios, nacionalistas que buscaban la reivindicación del imperio, comunistas que lloraban la época de la igualdad en la pobreza, personas desorientadas porque ya no comprendían nada de la historia; nadie sabía quiénes eran los buenos o los malos, quiénes los progresistas y quiénes los reaccionarios.

Así, en una de las múltiples manifestaciones en las que participaba, Limónov afirmó que en un año de democracia el pueblo había sufrido más que en 70 años de comunismo; por ello, decía, “la cólera ruga y hay que prepararse para la guerra civil”. Así se vinculó con comunistas nostálgicos y nacionalistas furibundos, entre ellos Alexander Duguin, venerador por igual del comunismo y del fascismo, y de quien se volvió discípulo. Ambos crearon el Partido Nacional Bolchevique. Para juntar fondos, Limónov viajó a Francia, donde lo mismo ganó aliados de la extrema derecha, que de la extrema izquierda; dejó atrás su faceta de escritor literario para convertirse en un revolucionario profesional.

En 1993, después de que Yeltsin decidió disolver la Cámara baja del parlamento ruso (Duma), devino la toma de ésta por parte de diputados rebeldes que se oponían a esa decisión y Limónov vivió de cerca este trascendental momento, pero como fue herido, se perdió el desenlace. No obstante, para la formación del nuevo Congreso, una vez recuperada la

Duma, Eduard participó en las elecciones como candidato de su partido, pero no triunfó. Decepcionado por su derrota, salió nuevamente de Rusia con destino a la república serbia de Krajina, en Yugoslavia, con el deseo de atestiguar nuevamente la guerra; como el panorama era cada vez más confuso en aquel país, decidió volver a Moscú para luchar en el verdadero frente de batalla.

Lo primero que hizo al volver fue fundar el periódico *Limonka*, que se convirtió en la tribuna desde donde criticaba y cuestionaba a quien consideraba contrario a sus ideas; también estableció un lugar, llamado *El Búnker*, donde se reunía la amplia gama de sus seguidores: punks e intelectuales neofascistas, anarquistas, nacionalistas y una amplia variedad de agrupaciones que defendían variopintas consignas. Así, para las elecciones de 1995, Eduard se asoció con el bloque estalinista, un grupúsculo más marginal que el suyo, y se dejó suplantar como candidato de esa coalición por Eugeni Dzhugashvili, sobrino-nieto de Stalin. Al final, la agrupación política de Eduard perdió frente a Yeltsin, quien gobernaría por segunda vez de 1996 a 2000. Posteriormente, recibió un primer aviso por su actitud disidente: una paliza que lo alejó de la política por un tiempo. Como Eduard había perdido en la lid política rusa, decidió enfocar sus esfuerzos en la periferia para generar focos de insurrección; sus objetivos fueron los países bálticos y Asia central. Comenzó a manifestar su simpatía por los chechenos, alabando “su frugalidad, su genio para la guerrilla y su elegancia en la crueldad”.

Mientras en Rusia se aproximaba el final político de Yeltsin, los oligarcas buscaron un candidato afín a sus intereses. Eligieron a Vladimir Putin, y para posicionarlo como salvador del país fue necesario confeccionarle otra guerra, por lo que esta vez vincularon a Chechenia con unos atentados en las afueras de Moscú. Esos atentados generaron la promulgación de una ley que prohibía el extremismo y el fascismo, y por ello se informó al PNB que ya no tenía derecho a existir. Como varios de sus camaradas fueron detenidos y juzgados a largas condenas en prisión, Limónov decidió salir para explorar nuevas posibilidades para desestabilizar Kazajstán; en compañía de un pequeño contingente se refugió en las montañas de Altái, donde fue detenido y posteriormente juzgado y llevado a Lefórtovo,

prisión donde estaban los enemigos más peligrosos del Estado. Después de 15 meses lo trasladaron a Sarátov, donde fue procesado por terrorismo, organización delictuosa, almacenamiento de armas de fuego e incitación a actividades extremistas. Primero lo condenaron a 25 años, después le rebajaron la condena a 14 y, finalmente, a cuatro.

El vertiginoso recorrido sobre la vida de Savienko que elaboró Carrère en *Limónov* termina al salir aquél de la cárcel y con su participación en la creación del movimiento “Otra Rusia”, al lado de Kaspárov, y en el movimiento “Estrategia 31”, en referencia al artículo 31 de la constitución rusa que garantiza el derecho a manifestarse. A sus 70 años, Limónov añora vivir en Asia Central (Samarcanda o Barnaúl), acompañado de esos mendigos que han dejado todo, que no les queda nada, y que debido a ello son reyes.

Al terminar de leer esta pormenorizada hoja de vida, queda en el lector una sensación entre la simpatía y el rechazo. La primera, al confirmar la valía de un personaje que defendió divergentes posturas políticas y asumió por ello cualquier consecuencia; el segundo, porque fue motivado por la defensa de ideales inmediatos e importantes sólo para ciertas colectividades, en lugar de principios de mayor alcance y de aceptación en cualquier latitud geográfica. Ante tal disyuntiva, el mismo Limónov refiere la relatividad de cualquier postura política y la fragilidad de los estratos ideológicos que se asumen como trincheras: “La ideología de los derechos humanos y la democracia es el equivalente del colonialismo católico: las mismas buenas intenciones, la misma buena fe, la misma certeza absoluta de que aportan a los salvajes la verdad, la belleza, el bien”.

*Guillermo Gutiérrez Nieto*